

## **2. De lo que puede dar de sí un “proceso de discernimiento”**

**N**uestro Padre Pérez pasó por muchas vicisitudes y avatares a lo largo de sus años de vida religiosa. Ahora recuerdo uno de esos momentos que podría servir perfectamente para iluminar la práctica de eso que en la teología de esta vida más prodigiosa que religiosa se llama el discernimiento. O mejor, para usar bien el palabron teológico, el proceso de discernimiento. Pero vamos a la historia que es lo más interesante.

Por aquellos años, el Padre Pérez vivía en una pequeña comunidad de composición un tanto heterogénea. Algunos de los miembros eran estudiantes a un año de ordenarse. De esos que todavía llevan en la sangre el ardor de la juventud y creen, ilusos ellos, que en una comunidad basta con dialogar claramente de los problemas para lograr soluciones justas, reales y eficaces. Pobrecillos. No se habían enterado de que tanto en la vida religiosa como fuera, lo que más gusta a las personas es marear la perdiz, pero sin ninguna intención real de pillarla. No habían descubierto todavía que lo que hacen muchos frailes, y me atrevería a decir que especialmente los superiores, y más cuanto más alto su nivel, suele ser el dejar las cosas como están para ver como quedan. Con el tiempo lo descubrieron y también el Padre Pérez. Pero eso es otra historia que nos desviaría de la nuestra. El resto de los miembros de la comunidad eran padres provecos y maduros que se supone atendían un poco la pastoral juvenil de la provincia y otro poco la formación de aquellos estudiantes ya a punto de convertirse en presbíteros. Completaban la comunidad dos hermanos. Uno ocupado en una oficina provincial y otro encargado de la cocina y de las demás

ocupaciones de la casa. Los dos eran gente sencilla, sin grandes estudios, y con un modo directo de ver y decir las cosas.

Ya presentada la comunidad, hay que presentar el contexto histórico, lo que iluminará mucho el entendimiento de los lectores sobre la historia que vamos a contar. Eran los tiempos en los que la televisión, ese hermoso aparato o caja tonta que acompaña tantas horas a los que vivimos en este mundo, se había generalizado. Estaba presente en todas las casas religiosas y, a decir la verdad, se conseguía más quórum en torno a ella que en los laudes comunitarios. Para verla se reunían los miembros de la comunidad prácticamente todas las noches del año para divertirse con películas y programas de bajo contenido evangélico y alto contenido de violencia además de unas gotitas de sexo más adivinado que visto. Aquella televisión era en blanco y negro. No había dado más de sí la tecnología hasta aquel momento.

Pero, decididos los japoneses y americanos a aumentar sus ventas y, por tanto, sus beneficios, habían empezado a salir al mercado, hacía ya más de un año, las primeras televisiones a color, a todo color. A partir de aquel momento y por un tiempo, el mundo dejó de dividirse por motivo de la raza, la lengua, la cultura o la religión. El mundo se dividió entre los que tenían televisión en color y los que aún seguían enganchados a sus antiguas televisiones de blanco y negro. Muchos, sobre todo los que andaban cortos de recursos monetarios, o sea la mayoría, pensaban que no valía la pena gastarse el dineral que costaban aquellas primeras televisiones en color. La división afectó a las mismas familias cuando los hijos o la esposa descubrían que los compañeros del cole o la amiga con la que tomaba el café ya tenían el nuevo artefacto en su casa. Los conflictos subían de tono, las malas caras eran constantes, hasta que el pobre padre de familia se veía obligado a comprar la tele en color aunque para ello tuviese que empeñar los ahorrillos que tenía para el siguiente verano o dejar de ir al fútbol durante los siguientes nueve meses.

En la vida religiosa este tipo de conflictos suelen llegar más tarde. Nuestra ya conocida austeridad y voto de pobreza hace que en un principio nadie se atreva a plantear semejantes compras. La mayoría suelen esperar a que sean otros religiosos u otras comunidades los que planteen la cuestión o se atrevan a tomar la decisión. De

esa forma si llueven palos, uno se libra de ellos. Mientras tanto hay que proceder de acuerdo con las normas que están en el “Manual Básico de Supervivencia para Religiosos”. En la página 232 se indica la rutina a seguir en un caso de estos. La táctica, seguida por muchos, aunque no por el Padre Pérez, demasiado inocente y honrado para tomar esos caminos intermedios, consiste en buscarse unos amigos o unos primos a los que ir a visitar todas las tardes de los domingos y de paso, sólo de paso, ver el partido de fútbol o la peliculilla de turno.

(Es de observar cómo algunos religiosos parece que disponen siempre de unos primos misteriosos y suficientemente adinerados, capaces de proporcionarles todos los bienes que la comunidad, afectada por el voto de pobreza, no puede proporcionarle. En los mejores casos, esos primos son capaces de proporcionar hasta coches ya matriculados y con todos los gastos pagados y en los peores unos copazos de whisky de esos de “twelve year old” que ni por asomo se pillan en el refectorio comunitario).

Pero esas técnicas sólo consiguen dilatar la llegada de esos conflictos a la vida religiosa. Su arribo se suele producir unos años más tarde que en el mundo exterior. Pero llegan. Y los problemas se plantean. En general, el primer intento de diálogo suele ser cortado de forma rápida con una negativa por parte del ecónomo. Suele aducir que esa partida no se incluyó en el presupuesto y cosas parecidas. Así fue en la comunidad del Padre Pérez.

Pero hubo un segundo intento y un tercero y el superior no pudo retrasar más la inevitable discusión. Convocó reunión comunitaria y puso el tema en el orden del día. Después de una breve introducción, hecha por el superior, intervinieron en primer lugar los padres más provecos. Educados en la austeridad más extrema, empezaron a contar las requetesabidas historias de cómo vivían ellos cuando estaban en aquellas casas de formación que tenía la orden poco después de la guerra, cuando todos pasaban hambre y sobrevivían con un chusco de pan y un poco de queso “donado por el pueblo americano”. En general, casi nadie les escuchaba, dado que siempre contaban lo mismo, aunque todos esperaban con paciencia a que terminasen de contar sus batallitas.

Los jóvenes, por su parte, querían marcha y se dividían en radicales y liberales. Los primeros hablaron de opción por los pobres y dijeron que no estaban dispuestos a admitir semejante dispendio que les alejaría definitivamente de la causa de los pobres y... Después continuaron con un discurso semi-teológico-sociológico-político que casi nadie fue capaz de seguir pero que venía a afirmar que todos los que no pensasen como ellos eran traidores a la causa de los pobres. Mientras tanto, todos ellos fumaban sin parar –corrían tiempos de libertad todavía para los fumadores– llenando de humo la habitación y obnubilando la mente de los otros, que se veían así imposibilitados de seguir su difícil razonamiento. Los padres proveyeron los miraban asustados y pensaban que la orden no tendría futuro si esos jóvenes llegaban a ordenarse pero que tampoco se podían oponer mucho a ellos porque serían los encargados de cuidarles en su vejez.

Los otros jóvenes, es decir los liberales, pidieron a gritos la televisión en color casi como si fuera uno de los más básicos derechos humanos. Pensaban que la vida religiosa debía acomodarse al mundo, debía entrar en contacto con el mundo real. Dado el nivel de la discusión, se atrevieron incluso a citar el comienzo de la *Gaudium et Spes*, aunque no mucho más porque era de dudar que la hubieran leído. Con su pelo largo, sus barbas y sus vaqueros raídos exigieron además la compra de la televisión en color por motivos estrictamente pastorales. Por esa razón ya se habían comprado algunos de ellos unos hermosísimos radiocasetes-estéreo con motivo de su profesión perpetua. Parecía que esos aparatos eran también absolutamente necesarios para la pastoral. Los padres proveyeron pensaban que ellos no habían necesitado más que una pluma y unos papeles para preparar sus catequesis y que una pizarra y un poco de tiza habían sido todos los medios pedagógicos que habían usado. Y había sido suficiente, ¡qué carajo!

Los únicos que guardaron silencio fueron los dos hermanos. Se veían oprimidos y carentes de palabra ante aquellos hombres, tanto jóvenes como mayores, que habían estudiado tanto. En el fondo los despreciaban un poco. Siempre les podían acusar de que con tantos libros se olvidaban de vivir en la realidad de la vida. Ellos funcionaban más al nivel del resto de los mortales. Sabían que la discusión sobre la televisión en

color era ya historia pasada en la calle. Y los dos tenían ganas de comprarla. Pero cualquiera se atrevía a decirlo. Como tantas otras veces, guardaron silencio. Sólo el que trabajaba en la oficina provincial, a quien el haber dejado los fogones por los papeles y el bolígrafo le hacía sentirse un poco más a nivel con los “curas”, osó intervenir en favor de la compra de la televisión simplemente porque se veía mejor que la de blanco y negro. Sabía que otros le apoyaban, pero nadie dijo nada. Y su voz quedó aislada, casi asediada, por aquel coro disonante de razones teológicas y espirituales a favor y en contra de la televisión en color.

Las razones y los silencios se fueron sucediendo durante aquella tormentosa reunión comunitaria en la que no predominó la escucha mutua, aunque tampoco los miembros de la comunidad llegaron a faltarse al respeto más allá de lo normal. La reunión se alargaba y el superior, un hombre de mediana edad y muy espiritual, se dio cuenta de que tenía que decir algo. Así que ni corto ni perezoso, intervino.

Comenzó haciendo un resumen de lo que ya todos sabían. Es decir, lo que los miembros de la comunidad habían ido diciendo ante semejante problema. Luego pasó al discurso moral, valorando como todos habían sido sinceros en lo que habían dicho. Con esto el Padre Pérez no pudo menos que disentir desde lo más profundo de su corazón. A aquellas alturas de su vida le resultaba difícil creer que las personas dijese la verdad de lo que sentían o pensaban. La experiencia le decía que las mejores razones se ocultaban, en algunos casos conscientemente y en muchos otros inconscientemente. Mejor sería haber dicho que se habían expuesto las razones que se pensaban mejores para convencer a los otros de la propia postura. Pero el Padre Pérez pensó que era mejor callar y no interrumpir al superior.

Éste siguió pasando de la moral a la espiritualidad. Era necesario plantear el problema en la perspectiva del compromiso que todos los allí presentes habían hecho de seguir a Jesús. Al Padre Pérez ya por entonces había empezado a desconfiar de estos discursos. Había visto como en ocasiones semejantes invocaciones tendían a manipular las mentes de los oyentes. El superior continuó afirmando que era claro que en la comunidad no había la suficiente unanimidad como para tomar una decisión. Y aunque lo más normal sería el dejar las cosas como estaban, invitaba a todos los

miembros de la comunidad a meditar y reflexionar sobre este asunto en la presencia del Señor. Habían comenzado un proceso de discernimiento y era importante iluminarlo desde la Palabra de Dios. Así terminó su discurso y dio por concluida la reunión.

Los miembros de la comunidad decidieron tomar el camino de sus cuartos o de la terraza. Ninguno pensó siquiera en irse a la capilla para seguir el proceso de discernimiento de que había hablado el superior. Quizá se recordaban del comentario de aquel compañero que un poco bastante experimentado en capítulos provinciales y generales, decía que el mejor discernimiento para elegir los cargos en esas asambleas no se hacía en la capilla sino en los pasillos. Por eso, la mayoría, agrupados por afinidad de ideas y edades, se fueron a comentar la marcha de la reunión y a decirse una vez más lo buenos que eran los argumentos usados por ellos y lo malos que eran los de los otros.

Pero lo mejor de todo sucedió precisamente en ese momento. Fue la frase que puso la guinda a aquel pastel. Fue pronunciada en el momento en que abandonaban la sala. Algunos ya estaban en el pasillo. Aun así la pudieron oír con claridad. “Si vamos a la capilla, ya sabemos lo que vamos a decidir”. Fue uno de los hermanos el que lo dijo. Con su sencillez y su perspectiva más abajada que la del resto. Dijo sencillamente lo que todos pensaban y sabían. Por eso, todos callaron.

No se volvió a hablar del tema en ninguna reunión comunitaria. Por supuesto. Un buen día apareció en la comunidad una televisión en color. El hermano que trabajaba en la oficina provincial dijo que había sido un regalo. Nadie hizo más preguntas. Y todos gozaron del color que permitía ver mucho mejor los partidos de fútbol y las películas de turno. El Padre Pérez pensó que a veces en la vida religiosa se pierde mucho tiempo en tonterías pero que quizás era necesario perderlo por aquello de la profunda humanidad de esa vida tan prodigiosa en ocasiones. Sus reflexiones sobre los “procesos de discernimiento” se las guardó para sí mismo, pero desde entonces desconfió mucho de aquellas reuniones en las que aparentando mucha sinceridad, las mejores razones, las más auténticas, se solían quedar con demasiada frecuencia en el interior de las personas. Pensó que aquel sí que era un auténtico signo de

pobreza. Y casi se alegró de formar parte de una comunidad auténticamente pobre si no en sentido material sí, por lo menos, en el sentido más humano de la palabra.